



LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo IX después de Pentecostés

«Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah, si tú reconocieses siquiera en este día lo que puede atraerte la paz!; más ahora está encubierto a tus ojos. Porque vendrán días contra tí en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán en tierra, y a tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones».

(Luc., XIX, 41-46).
Jerusalén no conoció lo que le convenía para la paz, que era reconocer a Jesús por su único Salvador. Y Jerusalén profanaba la casa de Dios, que es digna del mayor respeto. Por eso Jesús le profetiza grandes castigos, y le vinieron como él lo predijo.

Las naciones de hoy tampoco quieren reconocer a Jesucristo, y los que en ellas le reco-

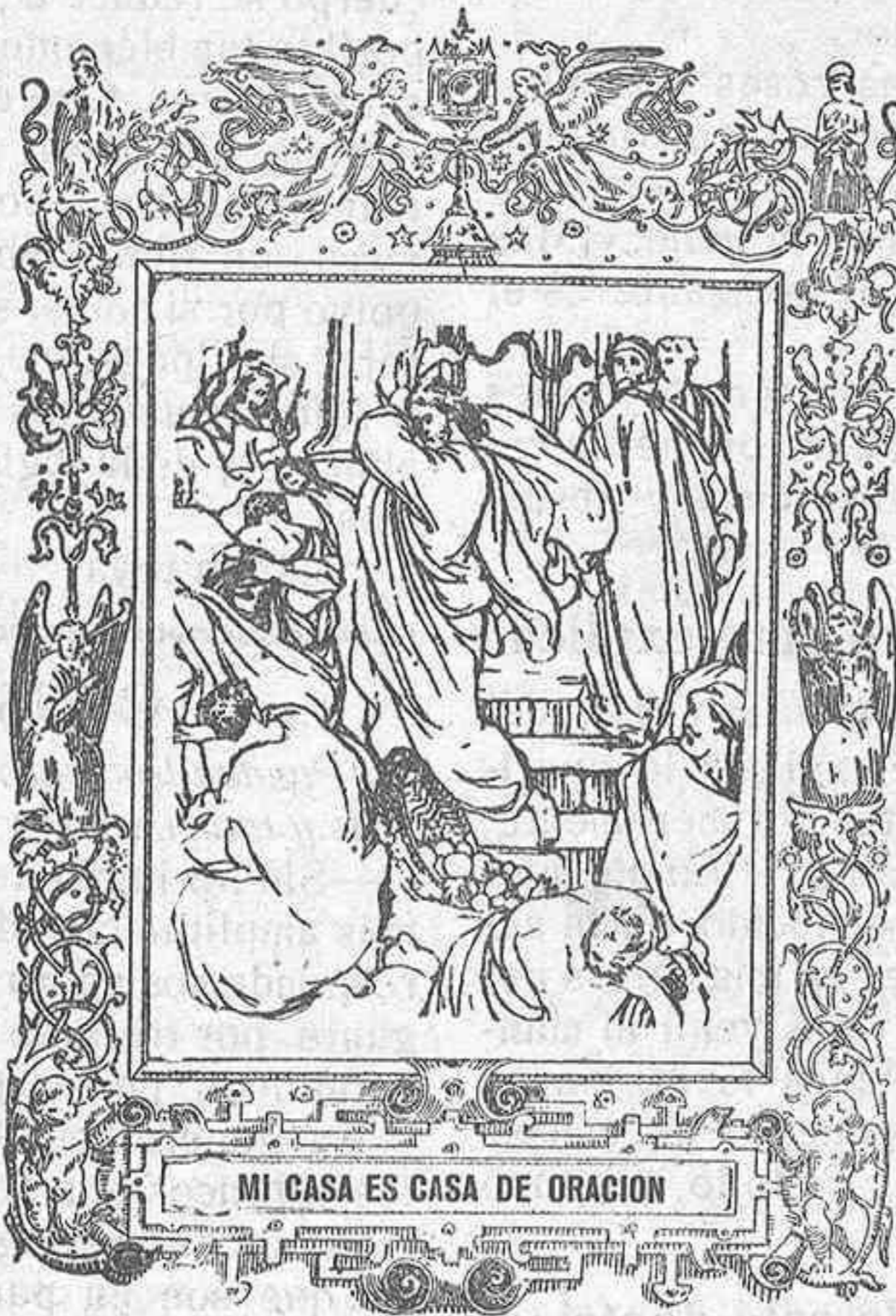
Tan sólo en el cristianismo hallarán paz las naciones; sin él, las revoluciones son vuelcos hacia el abismo.

nocen también profanan los templos de mil maneras. Por eso Dios nos manda tantos castigos.

Grande fué la ceguedad de los judíos al no reconocer en Jesús de Nazaret el Mesías anunciado por los Profetas; pero es aun mayor la de los cristianos renegados de hoy en no reconocerle después de tener conocimiento de su vida y milagros, y después de haber visto que sus doctrinas son las únicas que dignifican al hombre y traen la paz a los pueblos.

Todos son a idear sistemas políticos y a tramar revoluciones para arreglar la llamada cuestión social. Y no acaban de desengañarse de que la única solución está en volver a Cristo, mejor dicho, en ir a él, pues nunca se

llegaron a aplicar sus doctrinas con toda exactitud. La lógica y la historia demuestran de consuno que cuando los individuos y los pueblos se acercan más al ideal de la doctrina de Cristo, más en paz viven, y viceversa. ¡Y no obstante, los individuos y los pueblos se empeñan en hallar la paz y el bienestar alejándose de él! Bien merecía llorarse tamaña ceguedad.





La incredulidad no se para en barras

Mi querido feligrés: Siguiendo la sabia argumentación de Santo Tomás, íbamos discutiendo en mi anterior, no como algunos hombres que discurren muy mal, como verás después, y te dolerá en el alma, cuyas heridas duelen más que las del cuerpo; sino un poquitín a la manera de los ángeles, si los ángeles vinieran como nosotros y como nosotros hubieran de entender.

Y elevándonos sobre las cosas terrenas, buscábamos el origen de la vida en Dios, en esa causa suprema de todas las causas, que hacía exclamar a un poeta de la India: «¡Más allá! ¡oh gran Más allá! ¡qué punzante es el sonido de tu flauta!

¿Quieres creer que *ciertos genios*, antes que admitir un Dios Creador, prefieren cubrirse de ridículo con teorías falsas y absurdas? Pues ahí verás.

En su apuro para explicar

el fenómeno vital, y en su afán por huir del acto creador, trataron de explicar la aparición de los seres vivos, primeramente, por la generación espontánea. ¡Vano empeño! No hay un solo caso conocido en la actualidad, como puedes leer en mis cartas anteriores, de que se haya visto venir al mundo seres sin padres. Quienes lo afirmaron han sido juguete de ilusiones o de causas que no supieron advertir. Todo lo que vive procede de un germen.

Abandonada esta doctrina,

por anticuada y anticientífica, nuestros adversarios acudieron, luego, a las estrellas! —«Quién sabe—decía muy serio Dubois—Reymond—si por ventura cayeron los primeros gérmenes sobre la tierra, en los fragmentos de algún astro antiguo o aerolito?»

En todo caso, no deja de ser curiosa una ciencia que se funda en *quién sabe y por ven-*

tura; y es más fácil creer las verdades que la Iglesia nos enseña que tragar tamaños disparates.

Pero ni así se adelanta cosa alguna. El recurso a las estrellas no resuelve el problema de la vida. Aparte de que el camino de las estrellas hasta nosotros es un *poquito* largo y peligroso, resulta lo siguiente: Haya, en hora buena, organismos en las estrellas, y caigan con los aerolitos en la tierra—lo que hasta ahora nadie ha observado—la dificultad queda en pie: ¿Quién dió origen a los seres vivos, estéis en la tierra o estéis en otro astro cualquiera?

En su desesperación, escapando

de Dios, con más ahinco que el diablo de la cruz, otra de las *grandes eminencias* de la incredulidad moderna, Platé, enseña: «Si el cuerpo se reduce a polvo, entonces debe ser posible también que de ese polvo se haga un cuerpo vivo». Que es como si dijéramos: un edificio, una mesa, un libro, se pueden destruir y reducir a polvo; luego una casa, una mesa, un libro deben también hacerse del polvo por sí solos, sin arquitecto, sin carpintero, sin tipógrafo.

Ante semejantes dislates sólo cabe concluir: ¡Ay de la lógica en poder de los sectarios!

Hasta la tuya.

Tu párroco.

CONSULTORIO

¿Pueden los católicos asistir a los entierros y matrimonios civiles?

—Sin perjuicio de tratar esta cuestión con más amplitud cuando lo permita el espacio, respondemos ahora brevemente a esta pregunta, por tratarse de una cosa de bastante actualidad, por desgracia.

En general está prohibido gravemente a los católicos el trato con los que no lo son, en actos de su religión, si la tienen, o en actos que son en parte religiosos y en parte civiles, cuales son los entierros y matrimonios.

No obstante, como puede haber casos en que sea la asistencia casi obligada, he aquí lo que dice el Código Canónico: «Se puede tolerar la presencia pasiva, o meramente material, por motivo de un deber o un honor civil, por una razón grave, que ha de ser aprobada por el Obispo en caso de duda, en los

entierros de los no católicos o en las bodas u otras solemnidades parecidas, con tal que no haya peligro de perversión o de escándalo». (Cánon 1258).

Sépanlo, pues, los católicos, y absténganse de asistir a los entierros civiles o a las bodas que se celebran con sólo el matrimonio civil, a no ser que tan grande sea la razón que tengan (y no es bastante que ellos asistan a los nuestros, pues, si quieren que correspondamos, que lo hagan en católico) y no se determinen por sí mismos, consúltenlo, ya que no siempre se podrá con el Prelado, a lo menos con el Párroco.

Entre nosotros es difícil que no haya motivo de perversión y de escándalo, en cuyo caso ya se ve que el citado cánon del Código no lo permite de ningún modo. En general, pues, muy rara vez se podrá asistir con tranquilidad de conciencia.

Amad la familia y el hogar

—Ya sabes lo que te tengo dicho, gritaba Bruno, marido muy bruto de la buena Beatriz; no quiero que me falte nunca para la taberna; con que o me traes dinero o me des caso.

La sensible Beatriz se echó a llorar.

—No quiero lágrimas, quiero pesetas.

—Pues no tengo más que una y aun he de comprar la cena para el niño y para mí.

—¡Cenar tú! ¡venga la peseta! Así aprenderás.

—=—

—¡Beatriz! un auto te espera a las puertas del pueblo.

—¿Qué pasa?

—Que tu hermana está muy grave y me ha mandado a llamarte antes de morir.

Fué tal la impresión que recibió Beatriz, que llevando en brazos a su niño de tres años, se montó en el auto y se alejó rápida sin acordarse de dejar el recado para cuando su esposo Bruno volviera del campo.

—=—

Y volvió nuestro Bruno del campo, y llamó y nadie le contestó, y buscó y a nadie encontró, se le oprimió el corazón. Preguntó a las vecinas, pero nadie sabía nada y a todo esto la noche ya encima; sin luz, ni cena, ni cariño de su mujer, ni abrazos de su nene.

—=—

—Sr. Cura, vengo a ver qué me dice V., dijo Bruno entrando acalorado en la habitación del Sr. Párroco.

—¿Pues, qué te pasa?

—Ya ve, son las diez de la noche, hace cuatro horas que he llegado del campo y no sé qué es de mi mujer ni de mi chico. Y rompió a llorar como un niño.



—Ten serenidad. Beatriz es muy buena cristiana, habrá tenido alguna urgencia.

—Pues ¿cómo no ha dejado ningún recado?

—Espérate, ya llegará.

—¡Ay! Sr. Cura, que tengo aquí dentro una pena... que lo hago muy mal con ella.

—¡Ah, Bruno, Bruno!

Y ¿por qué lo haces así? ¿No sabes que es la esposa que Dios te dió un día y que debes amarla como Cristo amó a su Iglesia?

—Ya tiene V. razón, ya: pero le tratan a uno de cobarde en la taberna.

—Ese es el segundo mal. No debes ni acercarte a la taberna. ¿Quién te aliviará tus penas? ¿Acaso los amigotes con quienes te juntas en ella?

—Ya no la he de pisar.

—Y harás muy bien.

—Y todo lo que me he bebido de vino se lo han de beber mi mujer y mi chico de caldo de gallina.

—¡Sr. Cura! este telefonema, dijo entrando la criada.

«Mi hermana muy grave, avise Bruno.

Beatriz».

—=—

Y tan honda impresión causó a Bruno la bondad de su mujer y las palabras del Párroco y lo que podría ser el verse solo en el mundo, que cambió radicalmente de conducta, vivió como buen esposo y buen padre y no pisó jamás la taberna... Ni le ocurrió pensar en adelante aquello de descasarse.

